

José María Guelbenzu

El amor verdadero

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Prólogo

Tu t'en venais, rire des eaux, jusqu'à ces âîtres du terrien.*

Saint-John Perse

La vida demuestra que la experiencia personal es intransmisible. La experiencia colectiva, en cambio, no tiene por qué serlo, pues así como el humano es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra, la Historia tropieza siempre en piedras distintas aunque se hallen en el mismo camino. La experiencia personal es singular y representa al Destino.

Un hombre pasea inquieto alrededor de su experiencia y medita. Ese hombre inquieto, tras un titubeo estratégico, apaga su pensamiento durante un momento y activa su mirada. Dos aves cruzan el horizonte. Admira su vuelo pausado y decidido. Todos los años pasan rumbo a un destino preciso, un viejo nido que renuevan cada vez. La experiencia, para ellas, es un camino recto. Todo cambio procede del exterior, de fuera de sí mismas; un viento contrario o favorable, una temperatura distinta, un bosque quemado que el año anterior verdeaba, un hilo de agua nuevo o un cauce agotado... Ellas repiten sin desmayo el viaje y transmiten su experiencia natural a sus pollos, ya genéticamente, ya por aprendizaje. El ser humano carece de esa capacidad de recibir por transmisión su experiencia vital compleja, un conocimiento que ha de ser sustancial en su vida. Tan sólo en el ocaso es posible que la inteligencia se aventure a reflexionar sobre la experiencia; pero la experiencia, entre los humanos, es per-

* Tú llegabas, risa de las aguas, hasta los atrios del hombre de tierra.

sonal, por eso es intransmisible. ¡Qué situación aciaga!: El rey de la creación incapacitado para asumir algo que a los animales les es natural; la experiencia de las cigüeñas, o la de los leopardos, no es personal sino colectiva, propia de la especie. Característico del ser humano es volver la mirada en el último tramo del camino: ahí queda la línea de su vida al descubierto. Entonces es siempre tarde, siempre se dice: si yo hubiera sabido... O: si yo tuviera ahora treinta años... Dinero, gloria, poder, sexo... ¿por qué no acaban de ser una compensación ante la dolorosa contemplación de la luz en la decadencia? Pero queda lo que en verdad acompaña a los más afortunados, a aquellos que han conocido, por sentimiento, inteligencia y esfuerzo, el amor verdadero.

Es la hora del amanecer. Una luz entre rosácea y anaranjada se eleva por detrás de la línea de tierra tiñendo el cuadro. No hay nubes en el cielo, que pronto clareará hacia el azul. En la llanura tan sólo se distingue la tierra plana e islas de vegetación. Por el justo medio del horizonte, con un vuelo pausado y elegante, avanzan dos cigüeñas hacia su meta. Buscan un campanario que conocen bien, en la meseta castellana. Va a comenzar la primavera del año de gracia de 1945 y la Segunda Guerra Mundial está a punto de finalizar. El país, España, despierta entre el miedo y el hambre. En una casa cercana al campanario una mujer sufre los dolores del parto. «Viene con la luz del día», murmura una mujer asomando la cabeza por detrás de la comadrona. En la planta baja, el padre, con el chaleco desabotonado y en mangas de camisa, vacía de golpe el resto de una copa de cazalla, la posa en la mesa que preside el comedor, junta sus manos a la espalda en posición de firme y, por fin, se dirige a la ventana y descubre las cortinas. La oscuridad escapa apresuradamente. La campana de la torre de la iglesia da la hora, pero el silencio no huye como la oscuridad, sino que resiste en la habitación, por lo que el espacio se vuelve más suyo cuando la campana calla. Los cascos de un caballo y el ruido de las pesadas ruedas que le siguen resuenan sobre los adoquines de la calle. Huele a ropa usada y a madera vieja. Hay una fotografía de boda enmarcada sobre el aparador. Junto a ella un jarroncito con unas flores ajadas, un cenicero con varias

colillas, una jarra de cristal mediada de agua y un vaso de vidrio. Un perdiguero echado en el zaguán mira con ojos lánguidos al hombre, que pasea de un lado a otro. Entonces se escucha el llanto y el perro alza las orejas. El hombre se queda quieto y rígido. Aguarda.

Una mujer desciende con pasos quedos y apresurados por la escalera.

–Es un varón –dice.

Amanece y no ha dormido en toda la noche.

«Te llamaré Andrés», murmura descargando su excitación en el nombre. Es un gesto contenido, que apenas sale de adentro. Pausa.

En cuanto al amor, éste es como la materia del universo; siempre cambiante, pero siempre existente. Otro titubeo; el pensamiento ha vuelto a ocupar su lugar y la mirada se distrae, luego recupera la atención. Hace rato que las cigüeñas han cruzado el cuadro y desaparecido por la derecha. El sol se manifiesta de pronto, brillante y anaranjado, y llena los ojos a medida que emerge. La tierra y el cielo padecen por la luz hasta que el cielo por fin vira al azul y la tierra se muestra suavemente dorada. El sol es ahora una yema de huevo que asciende rodeada por un halo. El amor, la experiencia, las ondulaciones de la tierra, el cuerpo desnudo, la caricia solar. El pensamiento se funde.

Llora. Llora, pequeña novedad. La criatura cuelga boca abajo como un pollo desplumado. Te llamó Andrés. ¿Cuántas cosas han sucedido para que nazcas tú? ¿Cuánto se ha movido el mundo? ¿Y tu padre sobre tu madre? El pensamiento vuela.

La comadrona le habrá cortado el cordón y todo eso y dado un azote en el minúsculo culo para que llorase. ¡Qué inmensidad el espacio en el que cuelga por los pies! ¡Perdido en qué lugar extraño, distante, vacío! Agitaría sus manitas buscando quizá el calor perdido, el líquido en el que flotaba, el latido unánime, sí, el pollo desplumado. Bienvenido a la vida, caballere.